

# CLARITO

PERIÓDICO GRAN DECIDOR DE VERDADES

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre . . . . . 1 peseta  
Número suelto . . . . . 5 céntimos

Redacción y Administración:  
Calle Sta. Ana, núm. 5.

*No se devuelven los originales*

La correspondencia debe dirigirse al Administrador  
Los trabajos irán firmados, siendo responsable su autor.

## Pax homínibus

Estamos en el mejor de los mundos.

La paz está restablecida entre los hombres de esta villa confiada.

La superhombria de unos redentores parlanchines, liberales en las maneras y formas y feudales en el fondo, con sus preparaciones y tácticas nos han convertido en maniqués por la inercia, en acéfalos por lo confiados en nuestras interioridades.

Estamos en el mejor de los mundos.

Nadie se preocupa del mañana incierto que se nos avecina, más que esto, que se nos ha hechado encima como por descuido, por inacción quizás por desconfianza de nosotros mismos.

Basta que un hombre se nos declare omnipotente, que si sabe acompañar su verborruidad con relumbrancias de club y con lirismos apocalípticos invertidos, para que la masa, ese montón de carne sin alma o con alma sin fuego, se sienta en el banco de la esperanza, que como llanura del bajo Sinaí aguarda el *manná* con que podrá saciar su hambre de reivindicaciones, su sed de justicias.

Estamos en el mejor de los mundos. Aquí, en esta villa, a los relumbrones de la farsa, no se les sondea ni se les estudia. Sus procedencias no precupan; sus actuaciones pasan desapercibidas. No son como las figuras cinematográficas que mudas tienen un lenguaje en su actuación, lenguaje que puede llegar al alma, son como la música de un callejero manubrio que ensordece y embriaga de lubrudeces.

Así son nuestros superhombres; parlachines y supérfluos, vanidosos y déspotas.

Seguidos de su corte de pedantes que en pago de favores, como energúmenos claman sus excelencias, los veis formar en las oficialidades exhibiciosas de todos los festines, donde como clarines celestes cantan sus lirismos.

Por eso no nos causa extrañeza, si fastidio, que un Torras desde una popular tribuna clame contra sistemas que de nuevo él engendra; que en el paroxismo de una preparada fraseológica de democracia, que con desbordes de libertades y fraternidades que no siente, fustiga a elementos que separadamente alienta.

Tronar hémosle oído contra las enseñanzas por religiosos, quizás por exigencias de auditorio y quizás por exigencias de auditorio se le ha oído cantar las excelencias de este sistema.

El pueblo, su pueblo, ya sabe él como debe contentarlo; no es el alma lo que desea éste verle en sus actuaciones, es el cuerpo, la *pose* de su arrogancia. No es el vacío de sus pretensiones lo que le conviene hacer hostensible, por eso lo oculta con las relumbrancias de sus verborruidades.

«Haz lo que digo, no mires lo que hago».

Este es su emblema.

Empezó su carrera tronando contra un caciquismo que consideró pernicioso hasta que le convino. Por conveniencias, no populares, si propias, rompió los moldes de sus procedimientos y en caza de favores o prebendas olvidando campañas de difamación y otras, se pegó al brazo de su pretérito enemigo.

La masa no vió nada en aquella amalgama; cerrados los ojos a la razón, no supo ver en ella las ambiciones del fátuo.

Saltando banderías; buscando siempre las superioridades en mandos y exhibiciones; atropellando consecuencias y consciencias; aprovechando oportunidades, ha logrado ya el primer puesto de sus pretensiones, y decimos el primer, por considerarlas estas insaciables, y favorecido por las circunstancias, especiales unas, para el mejor desarrollo de proposiciones de **alta esfera**, se nos ha convertido con un pésimo cacique donde el capricho y la tiranía encuentran abiertas las puertas para sus manifestaciones, creyendo quedan estas excusadas con la gritería de una pléyade de pedantes, que con gritos y aprobaciones pagan favores recibidos y nunca truncados a despecho de miserias e inercias.

Estamos en el mejor de los mundos.

Ya nadie se acuerda de caciquismos que denigran, porque los actuales traen bien puesta la máscara de liberalidades e indulgencias y debajo de este antifaz se oculta sólo el orgullo y la tiranía y en la comparsa del sequito, el libertinaje de una claqué recompensada.

Pero disfrutamos con este preparado y naciente caciquismo, favores otorgados. Una Hacienda indulgente que se presta aguardar diez años hasta liquidar unos débitos que sin una ridícula mogiganga de nuestros caciques novicios ya no existirían. No se pagan, no se pagaron, pero se deben y se pagarán ¡vaya si se pagarán! corregidos y aumentados y gracias por la buena voluntad.

Aquellos que se vanagloriaban que